

RAMÓN D. PERÉS

CONFERENCIA

LEÍDA EL DÍA 21 DE NOVIEMBRE DE 1942, ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE BARCELONA

EN LA

EXPOSICIÓN BIBLIOGRÁFICA BOSCÁN

Separata de HOMENAJE A BOSCÁN

BARCELONA, 1944

620658247

Casa Provincial de Caridad
Imprenta - Escuela

EL ETERNO BOSCÁN

No datan de hoy, sino de más de sesenta años de vida literaria, mi respeto y cariño a Boscán. Al cumplirse el cuarto centenario de su muerte, fecha que no había faltado quien fijara, como Fabié, en 1940, y no en 1942, ha llegado a convertirse en actualidad, en moda, que hablaran de él todos. Parece haber sonado, al fin, la hora en que se haga justicia a los méritos de un poeta español nacido en Barcelona, en vez de hacer resaltar sus defectos, como de costumbre. Tardía justicia, por cierto, cuya ausencia nos había indignado más de una vez a algunos. Desde la cátedra de Retórica y Poética de mi querido maestro y guía, el eximio cervantista don Clemente Cortejón, fueron grabados por éste en mi memoria aquellos versos de Boscán, llenos de clásica delicadeza, en su Epístola a don Diego de Mendoza :

Y aquellos pensamientos míos tan vanos
Ella los va borrando con el dedo,
Y escribe en lugar dellos otros sanos.

Su mano me dará dentro en mi mano,
Y acudirán deleytes y blanduras
De un sano corazón en otro sano.

Después, en la cátedra de Milá, vi aquel rostro sereno, impávido, de pétreo busto antiguo, animarse de pronto al pronunciar, ahuecando la voz con expresión enfática, el nombre del poeta y prosista que aclimató en España el endecasílabo, para mí el insustituíble rey de los metros, al cual tengo jurada fidelidad, y que en su célebre versión de *El Cortesano*, de Castiglione, demostró cómo

un catalán puede llegar a ser maestro en el manejo de la rica y sonora lengua castellana con sólo poner por su parte todos los medios necesarios para serlo, y acordarse de que, al nacer en Cataluña, quedaba consagrado como uno de tantos hijos de la prolífica España, una y varia a la vez, en la cual ha de sentirse siempre en su casa y demostrarlo con hechos.

Estudiante aún, poco tardé en adquirir un ejemplar de aquella edición de sólo quinientos numerados, tiempo ha agotada, que de *Las obras de Boscán* había publicado en Madrid, en 1875, no un español, como parecía natural, sino un paisano de Ticknor, un norteamericano, William I. Knapp, que vino a suplir, en parte, nuestras deficiencias y olvidos, como de costumbre ocurre con otros extranjeros, diciéndonos en la Advertencia preliminar que «de parecía inexplicable que ni siquiera una vez, desde 1597, los escritos de nuestro autor hubieran merecido los honores de la reimpresión».

Al poseer este volumen y el que dos años antes había publicado de *El Cortesano*, en la colección de *Libros de antaño*, don Antonio María Fabié, nombre de grata memoria, creí tener ya lo suficiente para juzgar a aquel Boscán que, según había visto claramente Fabié, «debe tener en el Parnaso español un lugar, que le niegan con injusticia algunos críticos modernos».¹ Sin embargo, pronto advertí que el estudio de un autor que escribía cuando aun la lengua castellana no estaba del todo formada, pues nacido a fines del siglo xv, al parecer en 1493, su producción no pudo llegar siquiera a la primera mitad del siglo xvi, nada tenía de fácil ni estaba al alcance de todo el mundo. Garcilaso, que podía juzgar con pleno conocimiento de causa, dice «de sus escritos», en su égloga segunda,

Que en siglos infinitos tendrán vida,

y en especial, de su versión de *El Cortesano*, escribió: «Dióse Boscán en esto tan buena maña, que cada vez que me pongo a leer este libro ... no me parece que lo hay escrito en otra lengua; y

1. Ni en la colección de *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII*, de don Adolfo de Castro (*Biblioteca de Autores españoles*), figura Boscán en el lugar que le corresponde, y sólo hay unas pobres muestras de media docena de sus sonetos en una *Floresta de varia poesía*, hacia el final de la obra. En 1779, el famoso bibliotecario don Tomás Sánchez hablaba de él con una mezcla de menosprecio y de odio.

si alguna vez se me acuerda del que he visto y leído,¹ luego el pensamiento se me vuelve al que tengo entre manos. Guardó una cosa en la lengua castellana que muy pocos la han alcanzado, que fué huir del afectación sin dar consigo en ninguna sequedad; y, con gran limpieza de *estilo*, usó de términos muy cortesanos y muy admitidos de los buenos oídos, y no nuevos ni al parecer desusados de la gente. Fué, además de esto, muy buen traductor, porque no se ató al rigor de la letra, como hacen algunos, sino al rigor de las sentencias, y por diferentes caminos puso en esta lengua toda la fuerza y el ornamento de la otra.» «Este juicio —añade Fabié— fué algunos años después confirmado por Ambrosio de Morales en el discurso en loor de la lengua castellana que pone como introducción a las obras de su tío Fernán Pérez de Oliva, y de él copia las siguientes palabras: "*El Cortesano* no habla mejor en Italia, donde nació, que en España, donde lo mostró Boscán por extremo bien en castellano. El mismo hizo nuestra poesía no dever nada en la diversidad y magestad de la compostura a la italiana, siendo en la delicadeza de los conceptos igual con ella, i no inferior en darlos a entender i expresarlos, como alguno de los mismos italianos confiesa".»

Y sigue diciendo Fabié: «El mérito de Boscán como hablista es tanto mayor cuanto que en su tiempo, y más aún en el que le siguió, reinaba en los escritores tal afectación y tan excesivo atildamiento, ya por seguir de cerca el estilo y hasta las palabras de los clásicos latinos, ya por alcanzar originalidad y belleza, que sus obras son intolerables para la mayor parte de los lectores modernos.»

Con todos estos testimonios y otros semejantes, parecíame tener bastante para justificar el respeto, el vivo interés que me inspiraba Boscán, aplaudido por unos, menospreciado por otros, olvidado de los suyos,² exaltado por los extraños, y, realmente, no siempre correcto ni fácil de saborear en mis mocedades de entonces. La ingratitud de que le veía ser víctima, su señorial desprecio por la gloria populachera, hasta el punto de afirmar que él no había hecho

1. El original italiano.

2. En 1817, y Menéndez y Pelayo lo ha recordado, decía Moratín, en una de sus cartas: «Si preguntas por el señor Juan Boscán Almagaver, ninguno te da razón de tal caballero en todo el Principado.» Y, sin embargo, Boscán había sido traducido al italiano.

profesión del escribir, sino que lo consideraba como descanso de su espíritu en ratos pesados de la vida, avivaban en mí románticas ansias de desfacedor de agravios y enderezador de entuertos, contenidas por la pesimista duda de si sirve de algo, en ciertos casos, que barquichuelos como el mío remen contra la corriente. Y ésta fué, durante largos años, la del olvido en Castilla, la de la animadversión o el silencio en Cataluña, por haber escrito en castellano y no en catalán, aunque él no hiciera más que cantar en la lengua que mejor sentía por su educación, y hubiera demostrado su hondo cariño a Barcelona, retirándose a vivir en ella feliz y cantándola en sus versos. Ya puede hoy decirse todo esto, porque no es palpitable actualidad, sino Historia, que no sé si calificar de antigua.

Faltaba entonces que la voz potente y autorizada del genio de la crítica española en nuestros tiempos, la de Menéndez y Pelayo, viniera a romper el maleficio, y esa voz sonó en 1908, al dedicar todo un tomo de la *Antología de poetas líricos castellanos* al análisis crítico de Boscán. Fué como un testamento para el que lo escribió, pues cuatro años después la muerte cortaba aquella preciadísima vida; pero para el poeta resultó el mejor monumento que se le podía erigir, y ya no hay quien no eleve a él sus ojos y se lleve alguna piedrecilla como recuerdo. Permitidme que no sea yo, que tantas enseñanzas y afecto debo a mi venerado amigo; una excepción, y acuda también a él, aunque no siempre, pues algo de criterio mío, algo propio, quisiera poner, además, en estas pobres cuartillas que os ofrezco.

La semilla lanzada por el magnífico libro de Menéndez y Pelayo fué germinando, aunque lentamente, porque no la favorecían los tiempos. Sin embargo, un día creí yo llegada la sazón de presentar a esta ilustre Academia de Buenas Letras la proposición de que, cuando tan raros o insignificantes nombres se habían honrado dándoselos a muchas calles de Barcelona, lo menos que se podía hacer por el barcelonés insigne, por nuestro poeta, era que con su nombre rotulara el Ayuntamiento una de nuestras vías de cierta importancia. La proposición fué admitida inmediatamente por el que era nuestro Presidente, señor Carreras Candi, y la Academia la presentó, siendo aceptada por la Corporación municipal. No se habló más del asunto, dándolo por resuelto, pero ese mismo silencio me hizo creer que la

instancia había ido a parar al cesto de los papeles inútiles, y así lo dije con disgusto en un artículo que la *Revue Hispanique* me encargó en 1931, del que se hizo un tiraje aparte, más adelante, con el título de *El caso de Boscán*, precisamente el que llevaba el discurso leído por don Antonio Rubió y Lluch en el acto de su recepción en la Academia Española, y al que hice yo algunos comentarios y objeciones. Me equivoqué en mi suposición, pues luego supe que allá por un barrio de las afueras, por el Guinardó, se había dado a una calle, sin duda de poca importancia, el nombre de «Joan Boscà», que antes no existía. Y he aquí como a nuestra Academia se deberá este pequeño recuerdo, sin duda muy inferior a lo que debiera ser. Afortunadamente, persona de la valía de nuestro compañero don Tomás Carreras Artau se interesa hoy porque el nombre de nuestro poeta figure no en olvidado rincón, sino en una de nuestras vías o plazas importantes. En buenas manos queda, pues, el realizarlo. Y ocúrreseme ahora preguntar: ¿Sería pedir demasiado que tal honor se concediera también a *Cariteo*, que habiendo nacido en Barcelona, por vivir en Nápoles escribió sus versos en italiano, y tan célebres se hicieron que Italia le tiene por uno de sus clásicos de mediados del siglo xv? También él cantó a Barcelona, a la que llama *patria mía*, y a Montjuich y al Llobregat. ¿Por qué no hemos de hacer más que citar su nombre de vez en cuando?

Perdonadme la inmodestia de que haya entretenido vuestra atención con esta especie de confesiones íntimas, porque, al fin, ellas me han conducido a aquel breve folleto que he citado, de la *Revue Hispanique*, donde expuse algo de mi concepto acerca de Boscán, aquel de quien dijo el historiador literario francés Pui-busque: «Boscán hizo por su país lo que nadie supo hacer, en el mismo siglo, por Francia.» Y añadía yo: «Pues bien: la audacia de aquel reformador que va contra todas las rutinas establecidas, aun después de haberlas practicado como los demás, porque en otro país ha hallado algo que les es muy superior; aquel empuje de importador arriesgado, aunque se presente humilde, modesto en el aspecto, y hasta torpe, es una audacia esencialmente catalana, una de aquellas que sin duda hubieron de impresionar hondamente a Cervantes. Por Cataluña es costumbre que entre Europa en España. Y al lado de esto, ¿qué es cierta reincidente tosquedad en la forma,

mezclada con aciertos, de hombre que se atreve a manejar un instrumento nuevo, por la mayoría mirado con desconfianza? No sin cierta sonrisa pueden leerse hoy algunas censuras a la dureza de muchos versos de Boscán,¹ cuando se nos están recomendando, uno y otro día, en nombre del más reciente modernismo, las maravillosas bellezas de versos que no son versos, ni hay oído que los aguante, como no hay sentido común que los tolere... ¿Qué derecho tiene para hablar de oído *delicado* quien lo da por totalmente suprimido cuando se le antoja, ni para andar con aspavientos de virtud quien la está ofendiendo a cada paso, y halla admirable en los de su familia artística lo que censura en los demás?... Ya son nada los defectos de otras épocas, ante los inmensos de que la nuestra hace gala deliberadamente.» He aquí algo de lo que me atreví a decir entonces.

Nos hallamos, pues, señores, ante un poeta que aunque sea de segundo orden, con sus cualidades y sus defectos puramente personales, acomete una reforma para cuyo triunfo completo se necesitaba ser de primer orden. No sé si afortunada o desgraciadamente para él, este poeta fué su entrañable amigo Garcilaso, que se afilió a su escuela y comparte con Fray Luis de León la primacía en el Parnaso castellano. Con semejante ayuda, el intento caminaba con firme pie hacia el buen éxito; pero Boscán quedaba voluntariamente obscurecido. Y es tan curiosa como triste la historia de lo que ocurrió. Garcilaso, con cualidades geniales, miraba como a su maestro a aquel caballero catalán más sabio que él, que había sido ayo del Duque de Alba y discípulo del célebre humanista italiano Lucio Marineo Siculo, uno de los educadores «de nuestra juventud dorada en tiempo de los Reyes Católicos», como dice Menéndez y Pelayo. Boscán era un perfecto palaciego, de clásica educación, probablemente adquirida en Palacio y no en ninguna Universidad; hombre feliz y reposado, Garcilaso, el toledano, era un soldado de facultades geniales, culto, palaciego también, galante, ornato de los salones y honor del ejército en los campos de batalla, empuñando ora la pluma, ora la espada, y dotado de un gusto y de un oído mucho más finos, de una intuición más rápida y certera que la de su amigo, con vida

1. Lo mismo podrían dirigirse a otros que no son catalanes, como Gutierre de Cetina y don Diego Hurtado de Mendoza. Con justicia se ha dicho ya.

más azarosa que él, menos prudente y afortunada. Acompañando a Carlos V como uno de sus más distinguidos capitanes, muere Garcilaso en un acto heroico que le honra, en las fronteras de Francia e Italia, y dos de los mejores y más sentidos sonetos que escribió Boscán en su vida están dedicados a aquella muerte, que venía a romper los lazos de una de las más nobles y generosas amistades entre poetas que recuerda la historia literaria, superior a la existente entre Goethe y Schiller. Boscán iba a imprimir sus versos junto con los de Garcilaso, que, al parecer, le había entregado los suyos para que los limara y corrigiera, pues unos y otros corrían de mano en mano en copias manuscritas sumamente incorrectas; pero antes de poder realizar su designio, muere también Boscán, de regreso de un viaje a Francia, al cual el Duque de Alba le pidió que le acompañara, y la viuda del poeta barcelonés, la valenciana doña Ana Girón de Rebolledo, tan reputada por su bondad como por su inteligencia y cultura, tuvo que cumplir, en 1543, con el deber de ser la editora de los dos poetas en un mismo volumen. De las faltas que pudiera tener éste, se excusa ella, diciendo que no las tendría si su difunto esposo hubiera sido quien lo presentara al público. Y es probable que la labor de lima que había de practicar Boscán distara mucho de haberse realizado aún por completo hasta donde él era capaz de ejercerla. ¿Qué hubiera ocurrido si, menos fiel a una amistad, a una adoración inquebrantable y noble, el primigenio propulsor de la reforma al itálico modo, hubiese cuidado sólo de coleccionar y hacer imprimir sus versos y no los de su amigo, en quien él mismo nos presentaba a un temible rival? Tal vez las superiores dotes de Garcilaso no habrían obscurecido tan fácilmente las más pobres de Boscán, y la reforma no pasara de ser uno de tantos intentos, que, por otra parte, un día u otro habían de convertirse en feliz realidad, como hizo Sa de Miranda en Portugal, siguiendo las mismas huellas de Boscán y Garcilaso. Ya las formas itálicas, por influencia de Dante y de Petrarca, habían aparecido vagamente en España, sin dejar rastro muy visible, en el Marqués de Santillana, en los endecasílabos de Ausias March, en los de Francisco Imperial; y aun hay quien ha ido a buscarlos, caprichosamente, en Juan de Mená y en el Arcipreste de Hita; pero la rutina de la versificación española al estilo del *Cancionero general* continuaba, y el mismo Boscán le rindió

parias en sus comienzos, no sin *primores*, como se decía, y elegancias y sutilezas de salón aristocrático. Todo esto era fácil para él, y las dificultades y los tropiezos comenzaban al adoptar el estilo nuevo, sin contar en Castilla con buenos antecesores que pudieran guiarle con la autoridad de consumados maestros en aquel arte. Harto hacen siempre los primeros con empezar, y no cabe mostrarse con ellos muy riguroso más que cuando los desaciertos, las faltas contra el buen gusto y la técnica, la pesadez de estrofas que debieron nacer con alas y se arrastran como reptiles, es evidente. Boscán no supo ser siempre breve, condensado, hondo, feliz en la idea y en la expresión de ella, no escribió siempre inspirado, sino sujetándose a realizar la tarea que se había impuesto y perdiéndose por los vericuetos que le salían al paso, a lo mejor por culpa de un consonante que le invitaba a divagar, porque no lo dominaba, sino que era dominado por él. De ahí que su lectura no constituya siempre un placer para los lectores de hoy, como, después de todo, tampoco lo constituye la de muchos autores famosos. De dónde tomó varias de sus ideas, si de Petrarca, Ausias March u otros poetas, es labor de dómine que no me interesa, pues sabido es que los clásicos de todos los países suelen ser aves admirables, que más de una vez se han engalanado con vistosas plumas ajenas, sin humanos escrúpulos, sin que sintieran la necesidad de decirlo. Lo esencial es que el resultado obtenido sea bueno y ande mezclado con substancia propia; ostente un sello personal y no sea vulgar plagio.

Todo esto me conduce a recordar algo que indignó a William Knapp, de cuyo libro no voy ya a apartarme sin decir lo principal de lo que él me sugiere. Fernando de Herrera, el *Divino*, que murió a fines de aquel siglo XVI, a cuya mitad no pudieron llegar siquiera Boscán y Garcilaso, siendo el núcleo de su producción bastante anterior, aunque se aprovechara de la labor iniciada por ellos, perfeccionándola, cometió la ingratitud de hablar protectora y despreciativamente de Boscán. He aquí lo que en una de sus notas¹ dice acerca de esto el crítico norteamericano: «Fernando de Herrera, el poeta sevillano, en sus notas a una buena edición de Garcilaso, publicada en 1580, habla de Boscán en su estilo de costumbre, y tiene la

ridícula impertinencia de llamarle "extranjero", en cuyo pensamiento casi todos sus compatriotas le han imitado hasta hoy; mas ya que la Academia ha fallado *ex cathedra*, diciendo en su *Catálogo*, al fin, que Boscán era poeta castellano, esperemos que nuestro poeta haya adquirido *permis de séjour* dentro de los límites de su patria.» Lo que Herrera había hecho era procurar quitarle la gloria de reformador a Boscán y dársela al Marqués de Santillana, que, aunque hubiera escrito sonetos dignos de ser recordados, en tal olvido yacían que para nada habían influido; y, de paso, decir del poeta barcelonés que «imitó la llaneza de estilo y las mismas sentencias de Ausias», que «se atrevió a traer las joyas de Petrarca en su no bien compuesto vestido», y que «podía tener disculpa por ser extranjero de la lengua en que publicó sus intentos». Pues bien: William Knapp tuvo razón al indignarse, y como el tiro iba dirigido contra el nacido en Cataluña, era cuestión de preguntarse si Herrera habría hallado muchos catalanismos en Boscán. Menéndez y Pelayo vió más claro, y dijo que en cuanto a catalanismos no había ninguno: italianismos sí; pero en verdad que no era él el único a quien pudiera reprocharse ésto. Lo que le ocurrió a Herrera es lo que dice Goethe: que «en el Arte nadie quiere ser hijo de su padre, sino sólo nieto de su abuelo». Él no se considera el heredero de «Juan Boscán y don Diego de Mendoza, de Gutierre de Cetina y de Garcilaso de la Vega», a quien, sin embargo, llama «príncipe desta poesía en nuestra lengua», sino del «gran Capitán español y fortíssimo cavallero», el Marqués de Santillana, que «tentó venturosamente en aquel mar no conocido, i bolvió a su nacion con los despojos de las riquezas peregrinas». En el Marqués había «grandeza», y «luz en la sombra y confusión de aquel tiempo»; en los demás parecía no hallarlas. Y ahora decidme: ¿no es, cuando menos, curioso, que en 1875 fuera un extranjero de verdad, como otras veces ha ocurrido, quien defendiera enojado a un español de los ataques de otro u otros, a unos tres siglos de distancia? Afortunadamente, hoy han cambiado las cosas, nuestro espíritu se ha hecho más amplio y justiciero, menos cerrado, más conforme a la unidad y fraternidad españolas, y Boscán, con defectos o sin ellos, nos resulta, gracias a su aportación de sentimientos, ideas y formas, un poeta tan verdadero como otros muchos, menos discutidos. Ya en 1917 lo reconocía así, contra lo acostumbrado, don Enrique Díez-Canedo,

en su edición que volvía a juntar, acertadamente, las poesías de Garcilaso con una selección de las de Boscán; en 1936, don Miguel Artigas, Director de la Biblioteca Nacional, publicaba una espléndida edición fototípica, de la que hizo imprimir en Barcelona, en la imprenta de Amorós, la viuda del poeta barcelonés, aunque esta edición fototípica no se hacía en homenaje a Boscán, sino a Garcilaso, cuyo centenario se celebraba; y en 1940 aparecen dos selecciones, en tamaño de bolsillo, de las poesías solas de Boscán, una hecha en Valencia, por don Jorge Campos, y otra, en Barcelona, por don Eugenio Nadal. Además, en el presente año del cuarto centenario de nuestro poeta, se han publicado, en diversos periódicos, artículos de prestigiosas firmas, y la juvenil y fecunda actividad de nuestro compañero de Academia, don Martín de Riquer, ha emprendido una campaña de desagravio de Boscán con diversos trabajos, como la publicación de poemas inéditos, contenidos en un manuscrito de la Biblioteca Central de la Diputación de Barcelona, todo lo cual ha hallado remate en una serie de conferencias, por él organizadas, en el Ateneo Barcelonés.¹ Ya, pasadas ingratitudes quedan bien borradas, siglos después de la muerte del reformador. Tuvo razón Garcilaso en sus predicciones respecto a los escritos de su amigo.

No sé si estaré equivocado, pero presumo que las modernas ediciones de las poesías de Boscán se basan en la de William Knapp, por la cual citan todos. ¿Es ésta perfecta? Cuidada y erudita sí, mas de entre las variantes manuscritas o impresas que él mismo nos da a conocer, considero que no siempre ha escogido las mejores, y que algunos de aquellos versos que evidentemente son malos y parecen prosa, no siempre fueron escritos por el autor tal como se nos presentan. A las condiciones de bibliógrafo y colector que poseía el norteamericano, tal vez hubiera sido conveniente que se juntara la colaboración de un poeta español que adivinara lo que debía decir un verso mal copiado o mal impreso, que quedaba bien con una ligera corrección o escogiendo otra variante. Hay casos en que se comprende que las faltas son del autor; pero hay otros en que hasta por la misma abundancia de variantes puede colegirse lo inseguro del texto sobre el cual trabajamos, esto sin contar que en él han inter-

1. De ellas conozco las notables de los distinguidos escritores señores Cossío y Entrambasaguas, que para darlas se molestaron en venir desde Madrid.

venido las pecadoras manos del cajista y del corrector de imprenta. Leo, por ejemplo, en la *Octava rima* :

Los espíritus de todos y sentidos,

que no es endecasílabo ni verso, cuando yo tengo la completa seguridad de que lo que debió de escribir el autor fué lo que se lee en la primera edición impresa, de 1543 :

Los espirtus de todos y sentidos,

que esto sí es verso, suena bien y tiene en su apoyo el que también *espirtus* escribió Garcilaso alguna vez para que su verso tuviera once sílabas, y, al fin y al cabo, no era más que imitación del italiano, que por síncope dice *spirtio* por *espírito*.

Leo igualmente :

Hechos y deshechos muy barato,

que es prosa, cuando, según el mismo editor, la edición de 1597 dice :

Hechos y aun deshechos muy barato,

y esto sí que es un endecasílabo.

Sigo leyendo :

No se puede prestar sobre sus prendas
Cosa ya que valer pueda dinero ;
Quebraros han entrambas a dos riendas,
Si en la mano no sois siempre ligero.

Pues bien : en vez de

Quebraros han entrambas a dos riendas,

lo mejor y más inteligible me parece adoptar la variante, que cita, del manuscrito original, escribiendo :

De un salto os quebrarán entrambas riendas.

Y más adelante :

A la hora que ya el sol esclarecía,

que tiene doce sílabas (si no se escribe *A l'ora*), quedaba un endecasílabo perfecto con sólo escribir :

A la hora que el sol ya esclarecía.

Y donde dice :

Es como un ramo del árbol arrancado,
que es prosa, quedaba bien con sólo poner :

Es cual ramo del árbol arrancado.

Sería interminable el ir buscando en otras poesías de Boscán ejemplos semejantes ; pero los pocos que os he presentado demuestran que cuando criticamos el mal oído de nuestro poeta en ciertos versos, convendría que pensáramos antes si él los escribió tal como han llegado hasta nosotros. Además, coloca él, con frecuencia, el acento en partículas sin importancia, como se ha hecho modernamente después del ejemplo de Rubén Darío y algunos más, en quienes han parecido esto y otras mayores libertades, gallardo modo de romper moldes, aunque, en realidad hiciera mucho tiempo que estaban rotos ; convierte a *mío* y *mía* en una sola sílaba, como Garcilaso ; aspira la *h* inicial de palabra, según solían nuestros clásicos ; y, para abreviar, sigue costumbres que *hoy*, o más bien dicho *ayer*, tenemos o hemos tenido por graves defectos y no lo fueron antiguamente, como vuelven a no serlo ahora, en que la generación joven se hace suyo a Boscán. Las que yo tengo por imperdonables faltas son un deliberado prosaísmo a que le indujo la imitación de otros, incluso de Italia, y una lentitud, a veces, exasperante para los lectores de hoy día.

Donde yo creo que hay que buscar al verdadero Boscán es en sus noventa y dos sonetos, especie de poema cíclico que se adelantó a los de hoy ; en algunas de sus diez, o tal vez once canciones ; en su epístola a don Diego de Mendoza, donde nos ofrece el poco frecuente ejemplo en la poesía española, de ser el cantor de un hogar feliz y del amor conyugal, lo que se ha tenido más bien como característico de la poesía inglesa, de un moderno Coventry Patmore, por ejemplo,¹ y era aquí nuevo entonces, en que se podía cantar a todas las

1. El autor de *The Angel in the House*, a quien dedicó todo un extenso volumen, muy elogioso, el renombrado crítico Edmund Gosse. Patmore fué muy popular.

mujeres menos a la propia ; finalmente, en parte de la composición que él llamó *Octava rima*, donde imita, más bien que traduce, al Bembo, unas veces con verdaderos aciertos, con gallardías de versificador y vivacidad real en los afectos, y otras no. Como nadie ha estudiado mejor que Menéndez y Pelayo esta imitación poética del Cardenal Bembo, que tanto representa en el Renacimiento italiano, me limitaré a copiar aquí lo que de ella dice nuestro gran crítico : «Considerado como versificador, Boscán se aventajó a sí mismo en las octavas rimas, de tal suerte, que parece otro ingenio, de diversa y más adelantada escuela. En un molde tan difícil y que en Italia había exigido tan largos tanteos desde la ruda *Teseida*, de Boccaccio, hasta la espléndida maravilla de Poliziano, Boscán salió airoso del primer ensayo, él, que andaba a tropezones en la *canción*, cuya ley es menos dura. Fluidez y lozanía en algunas estancias que recuerdan la manera del Ariosto, robustez y brío en otras, soltura y desenfado en las transiciones, suavidad y halago en la parte descriptiva, y una viveza de color que nadie esperaría de su musa razonadora y pedestre, son los méritos de este agradable poemita, y hacen perdonar sus muchas e inevitables caídas de estilo.» ¿Qué diría el gran maestro de todos nosotros, el mayor amigo que ha tenido Cataluña después de Cervantes, si pudiera ver cómo a los treinta años de haber fallecido había que ir cazando hoy, entre innumerables *caídas de estilo*, un buen verso, que nuestros poetas nos ofrecen como roja amapola entre rastrojos ?

Otro interés tiene, también, para nosotros, aquel poemita : Boscán hace hablar allí a Venus y, refiriéndose a España, pone en sus labios estas palabras, ya repetidas veces recordadas :

Ciudades hay allí de autoridad,
Que alcanzan entre todas gran corona ;
Pero entre estas ciudades, la ciudad
Que más es de mi gusto es Barcelona.
Yo puse en ésta toda mi verdad,
Y puse todo el ser de mi persona,
Con todo aquel regalo y lozanía
Que por tesoro está en mi fantasía.
Lo primero le di el cielo templado,
Con una eterna y blanda primavera ;
Dile el suelo después llano y cercado
De vegas y de mar con gran ribera ;
Y dile el edificio enamorado,
Tal qual yo de mi mano le hiciera ;

El sol veréis que allí mejor parece,
Y la luna también más resplandece.
Y dile más, mugeres tan hermosas
Que vuelan por el mundo con sus famas :
Dulces, blandas, discretas y graciosas,
No sé cómo, nacidas para damas ;
En amores, honestas y sabrosas,
Encienden sin soplar ardientes llamas ;
Quanto hallan apañan con los ojos,
Y andan ricas después con los despojos.

Del poema de *Leandro y Hero*, no traducción, sino paráfrasis del atribuido por la tradición al poeta griego Museo, he de decir que no creo yo que pueda citarse como modelo. Es una ambiciosa y no lograda tentativa de aclimatación del verso libre, no formado aún en su época ; pero, a semejanza de otra traducción fragmentaria y parafrástica también, la muy famosa inglesa de Marlowe, que murió medio siglo más tarde que Boscán, toma el poema griego, que tan sentimental y romántico nos resulta hoy, como pretexto para ir añadiendo cuanto se le antoja, hasta el punto de que la obra parece original del que sólo debió limitarse al papel de traductor. No puede pretenderse que la supere Boscán, pues diluye en un mar de palabras inútiles los versos griegos. No pasan de trescientos cuarenta y dos éstos, y si los de Marlowe son ochocientos, número ya excesivo, ¿ qué diremos de los dos mil setecientos noventa y pico de Boscán en este poemita ? Así, nuestro gran crítico perdió la paciencia al leerlos, y escribió con dureza : « Para lectores modernos, la fábula de Boscán es, no sólo prolíja y fastidiosa, sino ilegible. Ganaría con estar enteramente en prosa, y prosa vil son la mayor parte de aquellos renglones de once sílabas, mejor o peor acentuados, pero enteramente desnudos de todo primor y elegancia. » Yo, sin negar que algo aprovechable pueda hallar allí un crítico menos sabio y más indulgente, he de confesar, aunque me duela, que con mucho mayor gusto he leído la más breve versión, de seiscientos dos versos, que el poeta francés Clement Marot, muerto en 1544, dos años después que Boscán, hacía imprimir en 1541, en vida de nuestro poeta español. Marot la escribió en endecasílabos aconsonantados, como alguna otra traducción que hizo de Petrarca, y flúidos, fáciles corren aquellos pareados suyos, de un arcaico sabor *gaulois*, que contribuye a hacerlos agradables. No divagan, no quedan ahogados, a pesar de la atadura de los consonantes, por inútil hojarasca que falsee mucho la extrema sencillez del

original. Este falseamiento es lo que indignó a Menéndez y Pelayo en Boscán, aparte de la impericia en el manejo del verso libre, aquel en que, precisamente, nuestro crítico demostró ser un maestro cuando actuó como poeta. Yo comprendo perfectamente su indignación de helenista-poeta que ve profanada la sobria, la severa línea de una urna griega con un montón de inoportunos, exóticos adornos. Pero el Renacimiento había puesto de moda aquel asunto en el que tantos quisieron lucirse haciéndoselo suyo, y no olvidemos que también la antigua literatura catalana tiene su *Istoria de Leander y de Ero*, escrita en prosa por Mossén Joan Roig de Corella, el docto renacentista y poeta. Pero, ¿qué más? Hasta en nuestros tiempos, don Juan Valera, el gran amigo y más de una vez consultor de Menéndez y Pelayo, como yo creo que lo habría sido en esta ocasión, acabando de soliviantarle, soñó en hacer con el tema de Museo o quien fuere, algo parecido a lo que hizo con el *Dafnis y Cloe*, de Longo. No llegó a realizarlo. En cambio, el *Institut d'Estudis Catalans* publicó cuatro traducciones catalanas del poemita, una literal, de Luis Segalá y Ambrosio Carrión, con el texto griego al frente; otra, en hexámetros, de Ambrosio Carrión sólo, y dos en endecasílabos, de Pablo Bertrán y Bros y de José María Pellicer y Pagés.

Temo haberos cansado, y deseo terminar pronto esta lectura, que no puede ser un curso de *boscanismo*, si me permitís la palabra. Os he hablado de Boscán poeta, pero algo he indicado acerca de Boscán prosista. Al elogio de Garcilaso permitidme que junte, no la pobreza del mío, sino la riqueza del tantas veces citado, por mí y por todos, porque es placer y homenaje, al par que necesidad, el autor de la *Historia de las ideas estéticas en España*. Al copiar un bello fragmento de la versión de *El Cortesano*, escribe su crítico, con pluma de oro: «De este modo sabrosísimo escribía la prosa Boscán, y no sé cuantos castellanos de su tiempo podrían competir con este *forastero en la lengua*.» Y añade, hechas las debidas salvedades: «Sin temor afirmamos que por este solo libro merece ser contado Boscán entre los grandes artífices innovadores de la prosa castellana en tiempo de Carlos V. Todo lo anterior, excepto la *Celestina*, parece arcaico y está adherido aún al tronco de la Edad Media... No es hipérbole decir que *El Cortesano*, prescindiendo de su origen, es el mejor libro en prosa escrito en España durante el reinado de

Carlos V.» ¿No os parece que para obtener elogios semejantes de tan franca y noble pluma bien valía la pena de sufrir todas las impertinencias de que ha sido víctima Boscán? Ya mi papel aquí queda reducido, después de releer con delicia tal libro, repleto de sentencias y de anécdotas, a hacer constar que cualquier fragmento de él tiene *perfecto derecho* a un buen lugar, *que no he visto*, por cierto, en las antologías de prosistas castellanos, a pesar de los elogios que habéis oído.¹ No será porque le falten galanura de estilo, pintorescos y más o menos idealizados color local y de época, fondo filosófico, platónico, y alcance político, recóndita erudición. Con sólo el examen de esta obra, hecho con criterio moderno, podrían llenarse bastantes páginas de valor histórico y literario. ¿No lo tiene este breve párrafo alusivo al que fué nuestro gran Emperador? : «Dixo entonces micer Bernardo Bibiena : ”— Muy grande esperanza se tiene de don Carlos, príncipe de España, el cual, no siendo aún de edad de diez años,² muestra ya tan gran ingenio y tan ciertos indicios de bondad, de prudencia, de beninidad, de grandeza de ánimo, y de toda virtud, en fin, que *si el imperio de la cristiandad viniere, como se espera, en sus manos, creerse puede que con su fama porná silencio en la de muchos emperadores antiguos y se igualará con los que más famosos han sido en el mundo.*”» Y tras el magnífico elogio que ha hecho de Isabel la Católica, también dedica su parte a Fernando : «¿Qué rey — pregunta — hay comparable con la reina Doña Isabel?» Y contesta : «¿Qué rey? Su marido.» ¿No es curioso, interesante, que del rey de Aragón se diga a continuación, en aquel libro italiano de principios del siglo XVI, «que muchas cosas buenas que hacía él las echaban a ella»? ¿Sería Fernando, en la Historia, otro Boscán? Me inclino a creer que sí, sobre todo después de los más recientes estudios.

Ahí viene, una vez más, la justificación del título que he dado a las presentes cuartillas : *El eterno Boscán* ; no sólo porque no han muerto las obras en que él puso mano y cuyos aciertos se ha hecho

1. Recientemente el Consejo de Investigaciones Científicas ha tenido el buen acuerdo de reimprimir la traducción de *El Cortesano*, por Boscán, precedido de un prólogo de Menéndez y Pelayo, su insuperable crítico.

2. Carlos V nació en 1500, y no fué jurado rey de España hasta 1517. El libro parece que empezó a escribirse en 1514, pero quizá haya que atrasar más esta fecha, a juzgar por lo que dice de «no siendo aún de edad de diez años».

todo lo posible, hasta ahora, para atribuirlos a otros, dejándole a él los defectos, sino porque no es el suyo un caso único de nuestra literatura. Escudriñando algo en la Historia de las demás, podemos hallar bastantes Boscanes, más o menos innovadores, que han descubierto mundos para que de ellos se aprovecharan otros más afortunados o de mayor talla, hasta que alguien se ha percatado de la injusticia. Hablando en términos generales, bien puede decirse que los poetas no se adueñan de la gloria, fácil y perdurablemente, por sus solos méritos, sino en cuanto estos resultan representativos de una tendencia que su público está dispuesto a sentir. Entonces, al exaltarlos a ellos con entusiasmo, ese público se exalta a sí mismo, confirma y enaltece vagas ideas o sentimientos latentes que no había acertado a formular en sonoras palabras, y que, por lo común, son bastante ajenos a la literatura, aunque gusten de relacionarse con ella, presintiendo que allí han de hallar su verbo. Los buenos poetas son una especie de embajadores que no siempre suelen ser personas gratas. Entonces se les destituye, sin perjuicio de que suene un día su hora propicia y sean repuestos en el cargo. Tal es el concepto pesimista que se adquiere cuando se intima algo con la Historia de la literatura. No recuerdo en este momento si fué Goethe o Heine (aunque creo que fué el primero), quien dijo que las palabras del poeta están llamando incesantemente a las puertas de la gloria, hasta que, al cabo, se les abren. Ya parecen haberse abierto de par en par para Boscán, aunque esto haya ocurrido cuatro siglos después de muerto el poeta, gracias a nuestro nuevo y justo afán de redimir cautivos. Felicitémonos, como miembros de una Real Academia de Buenas Letras barcelonesa, de haber sido testigos de ese triunfo de un catalán incorporado a la literatura universal, como importador de ideas, de sentimientos, de hálitos vivificantes y de formas estéticas, que han pasado a ser nacionales, nuestras hispánicas, marcando los orígenes de lo que después hemos hecho todos o saboreado, al menos, humildemente, en otros.

100

Casa Provincial de Caridad
Imprenta - Escuela